

TRAYECTORIA DEL ENSAYO EN LA LITERATURA INGLESA

Celia Velasco Blanco

El ensayo es el genio travieso de la literatura. Es huidizo, inasible se desliza de entre los dedos y escapa de las pinzas que pretenden dise-carlo. Como los genios de la leyenda de Aladino, se encierra en una redoma diminuta, o —saliendo de ella— conviértese, por su extensión, en gigante que toca las nubes con la frente. Creemos tenerlo en nuestra mano cuando señalamos el momento y lugar de su nacimiento en aquella torre viuda del solar de Montaigne en que se refugiara Miguel Eyquem la víspera de las calendas de marzo de 1571, “fatigado de la esclavitud de los cargos públicos, para descansar en el regazo de las Musas en medio de la calma”.

Pero, cuando tendemos la mano para asirlo, aureolado en su resplandor renacentista, nos deja burlados y en un salto de siglos nos sonrío desde Grecia, en las obras de Luciano, y —omnipresente— pasa por Roma, con Séneca, y se posa en las literaturas orientales en las obras de Ibn Kaldun.

Muchos han buscado su raíz lejana en la sabiduría gnómica. El proverbio del labriego, la máxima del anciano y el adagio del sabio son ensayos en síntesis. En nuestras Escrituras, el Libro de la Sabiduría, por ejemplo, es una riquísima mina de ensayos en potencia.

Poco a poco, esa literatura sentenciosa y arcaica: la de los Vedas, la de Confucio, la de los poetas gnómicos de la Hélade, se desarrolla. Una pluma más experta se apodera del ceñido capullo, saca el hilo de seda y borda caprichosas figuras en torno al tema inicial. Por eso el ensayo, como la poesía lírica, es eminentemente *personal*, literatura de épocas individualistas.

“Es mi propio retrato el que trazo” —dijo Montaigne. Y, en verdad, “el interés primario del ensayo reside en ser libre y adecuada expresión de una personalidad” (1). Libre, es decir, sin las trabas rigurosas de la poesía. Adecuada, porque el prosista a quien está vedado el angosto sendero, puede volcar en él riquezas íntimas que pugnan en su alma buscando el camino del arte. Esa libertad característica del ensayo es uno de sus peligros. Dentro de sus límites se puede razonar con estrictez, sentar

(1) F. N. Pritchard. “Great essays of all nations”, London, 1929.

y defender una tesis, hacer —en una palabra— obra constructiva, y también es posible divagar amablemente, burlarse con elegancia, hilvanar conceptos agudos y frases armoniosas sin objetivo alguno, sin esqueleto que sustente la obra.

El método del ensayista consiste, al parecer, en carecer de método. “Cuando elijo un asunto que no ha sido aún tratado por otros, —dice Addison— acumulo sin orden ni concierto las reflexiones que él me sugiere”. Y en verdad, los grandes ensayistas de las literaturas modernas no han seguido, salvo raras excepciones, otro sistema. Montaigne, Bacon, Lamb, son otros tantos ejemplos de ese desaliño sabroso que hace sus libros semejantes a los cofres de nuestras bisabuelas, en que se amontonaban, coloridos y pintorescos, abanicos, chales, cintas de terciopelo, dijes de coral y perlas sueltas de collares rotos.

El ensayo es una visión crítica de la literatura y de la vida. En las letras inglesas, pasó por dos grandes etapas: durante la primera, que abarca los siglos XVII y XVIII, contempló *primordialmente la vida*; a partir del siglo XIX vió con mayor relieve *las manifestaciones humanísticas*: filosofía, historia, literatura y arte.

El ensayo renacentista, influido por Montaigne y representado por Bacon, es un género que actúa bajo el dominio de la filosofía práctica, y adopta con frecuencia el tono moralizador y didáctico tan del gusto de la época.

La centuria siguiente fué la del ensayo periodístico, en el estilo de Addison y Johnson. El género se “agilizó” y abandonó la antigüedad pagana para acercarse a la vida contemporánea. Por las páginas de los grandes periódicos desfilaron galerías de caracteres, finas caricaturas de la sociedad británica, burlas sutiles o terribles, sátira social... A través de estos dos siglos, el ensayo plasmó la prosa inglesa. Su ritmo breve ciñó el estilo y recortó la frase desbordante de los isabelinos. Al aire pontifical sucede gradualmente un tono amable de confianza, de diálogo amistoso al amor de la lumbre: es el estilo purísimo de Dryden. El apremio del periódico (bisemanal en un principio, más tarde cotidiano), devorador insaciable de ensayos, disciplinó aún más la prosa en la pluma de Steele y Addison.

Y, cuando la ola del romanticismo invade el norte de Europa, los críticos de la filosofía y la historia, la literatura y las artes plásticas: Coleridge, Carlyle, Macaulay y Ruskin, encuentran un instrumento perfecto y un molde definitivo para iniciar la gigantesca labor que aun hoy permanece inconclusa.